

--Calla, Guadalupe, no ves que si eso fuera cierto, los que no son *decentes* serían esclavos de los señores.

--Pues yo quiero que cada uno se esté en lo que nació.

Todo el mundo debe tener aspiraciones, aunque lo descalabren como al alcalde de Ario.

XVII

El sol había desaparecido en el ocaso, cuando nuestros viajeros llegaban al pueblo de.....

Un indio que llevaba a sus espaldas un tercio de leña se detuvo frente a la cabalgata.

--Padrecito, dijo al guerrillero, tú eres el capitán Martínez, no entres a la población, acaban de fusilar a tres zaragozas (republicanos) y si te conocen te van a matar; quédate en el monte y que entren los señores.

--¡Rayo! exclamó Martínez, esto si está malo, ¿y quién está en el pueblo?

--Los franceses, padrecito.

--¿Y qué tantos serán?

--Como muchos, padrecito.

--Yo entraré con la familia, dijo Quiñones, y usted, capitán, váyase por la vereda, mañana nos encontraremos.

--Entonces entren ustedes por este lado, estoy seguro que nadie reparará, voy a llamarles la atención.

XVIII.

Sin esperar respuesta tomó el rumbo opuesto, mientras Quiñones se aproximaba con la familia a la garita del pueblo.

A los diez minutos se comenzaron a oír unos tiros de mosquete.

--¡Diablo! dijo Quiñones, el capitán hace su saludo a los franceses.

La pequeña guarnición se puso sobre las armas y acudió al lugar de los balazos.

Como la noche había cerrado y el capitán hacía violentos sus disparos, los franceses creyeron que se acercaba alguna guerrilla y comenzaron a tirar al acaso, fingiendo por su parte un combate para darse los honores del triunfo y cosechar un ascenso ó una cruz de la *legión de honor*.

--Ya han de haber entrado dijo el capitán, y poniendo, al cinto sus pistolas se internó en el monte.

Los franceses tomaron prisioneros a unos labradores que volvían de su campo, y al día siguiente los juzgaban como guerrilleros en la Corte Marcial.

A los pocos días anunciaban los diarios de la capital, que el guerrillero Martínez había aparecido por el rumbo de la Tierra Caliente con una partida de bandoleros, inquietando a las poblaciones adictas al imperio.

CAPITULO QUINTO.

UNA LETRILLA DE GUILLERMO PRIETO.

I.

La revolución seguía avanzando como el flujo de un mar de sangre.

Los hombres más prominentes eran asesinados cobardemente, como Llave y Comonfort, ó vagaban proscritos huyendo de la traición que los entregaba atados en manos de los enemigos de la patria.

El personal del gobierno iba cediendo palmo a palmo el territorio, y los invasores le seguían de cerca para extinguir la antorcha de la legalidad y privar a la revolución trashumante de ese centro de unión que inquietaba el porvenir del imperio.

La declaración del archiduque Maximiliano de no aceptar la corona hasta que la mayoría del país se declarase en su favor, hizo más tenaz la lucha; pues cada pueblo conquistado era un voto en la ánfora de los notables, una firma más en la acta de 12 de Julio.

El diez de Abril de 864, el archiduque había recibido oficialmente a la diputación mexicana, que le presentó las actas de la mayoría de México, y declaró, que cumplidas las condiciones puestas el 3 de Octubre del año próximo pasado, aceptaba el trono de México y la reconstrucción del antiguo imperio de Moctezuma.

II.

Grande era el alboroto que traía la sociedad conservadora al verse erigida en corte, sueño que había acariciado desde el día primero de la independencia.

Todos aquellos títulos desheredados y perdidos en el torbellino republicano, resucitaron como las crisálidas y pretendieron desde luego la superioridad.

Varios personajes que han subido en la escalera del agio á una regular posición, se echaron en busca de pergaminos; porque todos creían en la resurrección de los tiempos felices del virreinato, sin recordar que el golpe de Estado de 52, al improvisar un emperador en Francia, había creado una nobleza sacada de los vivaques y cuerpos de guardia.

Otros individuos, no pudiendo llegar los escaños de la nobleza, se contentaban con formar parte de la milicia togada, apoderándose de los puestos públicos.

La Regencia desempeñaba el primer papel, y cada triunviro esperaba recompensas y honores en cambio del puesto que cedía al emperador.

Las pompas oficiales se sucedían, y el pueblo asistía á ellas, así como á los fusilamientos diarios que tenían lugar en las plazas de Mixcalco y Santo Domingo.

Mientras que la "Novara" lleva á los archiduques al puerto Civita-Vachia para recibir en la Ciudad Eterna la bendición del Santísimo Padre, siguiendo su peregrinación de despedida en las cortes europeas, recibiendo en las Tullerías la consigna, dejando en manos del César francés los millones del empréstito de Miramar, volvamos nosotros á la casa de nuestros amigos los señores Fajardo, que seguían envueltos en el vértigo monárquico, esperando con ansia el arribo de SS. M.M. II.

--Es una cosa hecha, hija mía, y no hay que ponerla en duda, exclamaba furioso el diplomático.

--Yo me felicito, papá mío, de ese acontecimiento; porque hubiera resistido como nunca á la autoridad paterna.

--Por la primera vez te hubiera impuesto mi voluntad; te declaro que al primer oficial del ejército de Napoleón III, que se llegue á pedirte en matrimonio, te caso.

--Lo cierto es que el comandante Demuriez es novio de Clara, y que no se ha permitido nunca decirme una sola frase de amores. Ese oficial conoce mi carácter y estaba seguro de un desaire.

--Vea usted lo que son las amistades, yo nunca imaginé que Clara te quitaría el novio.

--Esa es una equivocación.

--Yo nunca me equivoco, la prueba que tengo, la lección que me da el mundo, ha sido en cabeza propia. Tu madre era novia de un capitán llamado Verdeja, y yo la arrebaté de su poder para casarme con ella; ya tú ves si sabré de estos enredos.

Doña Canuta dió un prolongado suspiro.

--¡Suspira, suspira, esposa mía! si vieras ahora á tu antiguo prometido, se te caerían las alas del corazón: ayer llevaba un gorro montado más alto que un penacho de granadero, y un espadín como el de Don Simplicio.

--No abusen de mi situación ni de la preferencia que te he otorgado para insultar á una persona ausente.

--Esa persona ausente es un capitancillo cualquiera.

--No tan cualquiera, que lleva sobre su pecho la cruz del Gallinero.

--Y en su sombrero al tres, las colas de las gallinas.

--Tengamos la fiesta en paz y no desfoges tu mal humor conmigo, que en nada tengo la culpa del trastorno de tus planes.

--Bien, no quiero riña doméstica; pero es horrible lo que ha pasado, yo creía que el comandante se dirigía á Luz, y resulta que se casa con Clara: ¡esto es una burla, una ironía, una estupidez!

--Papá, yo no amaré nunca á un francés.

--En cambio amas á un descamisado, á un jefe de bandoleros, y para decirlo de una vez á un *cívico*.

--Es cierto, los sentimientos que usted ha sembrado en mi alma

--Qué alma ni qué niño muerto, interrumpió Don Modesto no me dejaré llevar como siempre de tus lagrimitas, hoy seré inexorable.....yo necesito un francés, y cuando yo me empeño no hay más que obedecer.

--Pero hombre, si no la enamoran, ¿cómo ha de ir á buscarles?

--Es decir que yo no puedo mandar en mi casa?

--Fajardo, eso no tiene lógica.

--Te estaba á tí reservada esa declaración. Sepa usted, señora mía, que si lo que digo no tiene lógica, poco ó nada se me dá de ello; si para algo no hace falta la lógica, es precisamente para casarse.

--Ya, lo sé

--Este señor Demuriez me ha chasqueado: tenerle en mi casa alojado, ponerle manjares exquisitos, los mejores vinos, en una palabra, *engordarlo*, para que fuera mi yerno, y aprovecharse otra persona de estas circunstancias para robármelo.... no, yo traeré otro que se dará por satisfecho con que se le ofrezca novia, casa y que comer.

Luz abandonó ruborizada el aposento, teatro de una disputa tan ridícula.

III.

- He aquí lo que se saca un padre que ve por el porvenir de su hija, que se le desprecie, que se ley entre paréntesis, ¿no ha venido el sombrero?
- Hace una hora que te espera.
- Que entre al momento, yo no sabía que me esperaba.
- Tocó la campanilla y se presentó una criada.
- Que pase *Munsiur Zolly*.
- El sombrero está en la sala.
- Munsiur Zolly*, ¿usted es alemán?
- Servidor de usted.
- ¿Por supuesto que estará usted impuesto de los usos de los alemanes?
- Phs.
- Bien. Usted habrá visto á los soberanos de Europa y sabrá qué clase de sombreros *gastan*?
- Los que se usa, caballero.
- Bien: el retraro de S. M. I. ha llegado, trae un sombrero que todos afirman ser *blanco*.
- Es blanco.
- Bien: yo quiero un sombrero como el de S. M., alto, pero muy alto.
- Se hará inmediatamente.
- ¿Y no podrá usted tomar la medida en la fatografía?
- Sí señor.
- Creo que saldrá muy chico.
- Yo lo calcularé.
- Canuta, dame el retrato de nuestra Majestad.
- Está en el álbum.
- No me acordaba. Vea usted, *Munsiur Zolly*, usted es alemán y comprenderá mejor esta reproducción.
- El sombrero examinó la fotografía y dijo:
- Está bien.
- ¿Y cuánto lleva usted por su obra?
- Una onza.
- Hombre, no es para el emperador, es para mí.
- Dá lo mismo.
- ¿Luego usted es republicano?
- Yo soy sombrerero.
- Comprendo; pero los fondos del archiduque no entran en comparación con los míos, y ya ve usted que los millones de Miramar.....

- Con permiso de usted.
- No sea usted tan violento de genio, ajustémonos.
- Son precios fijos.
- Pues fijemos el precio.
- Una onza.
- ¡Ah, Mr. Zolly! ¿Y estará para mañana temprano?
- Es muy corto el plazo.
- Entonces para pasado.
- Está bien.
- El sombrero se salió con el ánimo de no hacer tal sombrero.

IV

- Ya estoy de moda, esposa mía, voy á ser el primero que saque un sombrero *blanco*. Yo llevo como quien dice la iniciativa.
- Eso sí es de mi aprobación, enteramente vá con mis ideas; espero la moda que ha de traer S. M. la Emperatriz para entrar en ella inmediatamente.
- Bien hecho, república es república, y corte es corte.
- Señor, el carroceros, dijo la criada.
- Que pase.
- Hola, Don Carlos ¿usted por acá?
- Siempre que se me llama no me hago esperar caballero, dijo Don Carlos componiéndose los anteojos.
- Necesito una calesa de moda.
- La tendrá usted.
- ¿Y cómo la va á fabricar?
- De la manera que usted ordene.
- Entonces de cuatro asientos y muy abierta, que se vea todo lo que pase dentro, no me gustan los misterios.
- La haré muy abierta.
- ¿Y ya no se estilan los dorados?
- Eso vá en gustos.
- Pues entonces dórela usted, es necesario que lleve todo el gusto del Renacimiento.
- Está bien, ¿y no lleva escudo?
- Calle! pues no había pensado en ello; sí, Don Carlos, póngale usted un escudo, es de toda necesidad.
- Está bien; pero yo no conozco las armas de la casa.
- Tengo un espadín y un mozquete: miento, el alferez Estrada se desapareció llevándose esa arma peligrosa.
- Me parece que un espadín es de mal gusto.
- Entonces ponga usted un obus de á treinta y seis.

--Creo que usted se burla, caballero, yo hablo de escudo de nobleza.

--¿Que dices de eso Canuta?

--Que pondremos un escudo; ya ves la casa de Barron se hizo pintar un cochino y un letrado en latín.

--Pintemos nosotros otro animal con un letrado en hebreo.

--Aconsejenos usted un escudo, señor Don Carlos

--Eso no se inventa, caballero, yo tengo algunas pinturas de fantasía.

--Bien, amigo mío, pinte usted una fantasía en mi calesa pero que imite un escudo de armas, y si conoce usted un buen cochero mándemelo, el destino es magnífico, no trabajará sino en tiempo de secas, porque yo no expondré nunca á la acción del agua una calesa que lo menos debe costar trescientos ó cuatrocientos pesos.

--Yo no conozco á ningún conductor, y en cuanto al precio de la calesa lo menos es de mil quinientos pesos.

--¡Jesús! con esa cantidad compro todos los *alquilones*.

--Puede usted hacerlo.

--Yo quiero una calesa muy barata, sumamente cómoda.

--Hay algunas remontas.

--Bien, trataremos con las remontas.

--Estas valen ochocientos pesos.

--Si usted no se humaniza, no habrá modo de entendernos.

--Cuando usted se decida, puede buscarme en el establecimiento.

--Estoy de malas hoy, con todas las personas que trato, me.....en fin, haga usted la calesa remontada, ¿estará para el lunes próximo?

--No señor, dentro de un mes la tendrá usted en casa.

--Es que yo quiero enviarla al Sagrario para que se estrene en los *Sacramentos habituales*, yo saldré ese día de cochero del Viático.

--Buenas tardes; caballero.

--¿No quiere usted nada adelantado?

--Buenas tardes,

V

--Estos fabricantes extranjeros, son magníficos: ¿cuándo un artesano del país no me hubiera descerrajado algún dinero adelantado para jugarlo esta misma noche?

--Ya entramos en una nueva era, estados mudan costumbres, amigo mío.

--¡Sombrero blanco y calesa con escudo!.....ya estamos en tren, ya nada falta; hoy voy á la guardarropía del teatro Principal, en busca de vestidos para los lacayos; los vestiré á

á la Luis XIV, es un traje precioso, estoy seguro que nadie tendrá la misma idea; es necesario guardar el secreto, si me roban este pensamiento, soy capaz de.....nó, yo no creo, eso sería un verdadero rapto.

--Hoy has olvidado la lección de francés.

s --Es cierto, el desengaño que.....en fin, sobran comandante Demuriez que se casen con mi hija,

--Véamos si algo he adelantado. He traducido algunas hojas del Telémaco, y la dificultad está en saberlas acomodar á la conversación familiar.

--Es necesario.

--¡Ah! ya sé, voy á visitar á mi amigo el padre de la amiga de Luz, y entraré diciendo el primer párrafo del libro: "Clara Calipso no podía consolarse de la partida de Telémaco Demuriez," ¡Luego dirán que yo no tengo talento!

--Y de diálogos, cómo estamos?

--Algo se adelanta, ya sé como se dice *té, café*, y como se saluda: es necesario que lo practiquemos: y dime, esposa mía, cómo se dice Canuta en francés?

--Los nombres no se afrancesan jamás.

--Pues hacen mal, hoy todo debe afrancesarse; yo pondré en mis tarjetas, "*Fajardait*".

--Bien, bien, ese es negocio mío.

VI.

--Ya tenemos aquí á nuestro amigo Enrique Morales, que se ha hecho presentar en mi casa.

--Señorita, me tiene usted á sus piés.

--Pase usted, Enrique, hoy viene usted oportunamente; estamos de un humor espantoso.

--¿Usted gasta enojos, señor de Fajardo?

--No, ya pasó, fué una nube que se ha disipado con la agradable noticia de que ya tengo sombrero blanco y calesa con escudo!

--La nueva merece los honores de la alegría: yo felicito á usted por la adquisición de prendas tan importantes.

--Ya se ve que lo son.

--Tendrá usted la gloria de anunciar con todo su arreo, que la monarquía se acerca á la capital.

--Ese es precisamente mi objeto. Hombre, usted no sabe una buena noticia.

--¿Cuál, señor de Fajardo?

--Hombre, el casamiento de Clara con el señor Demuriez,

--La señorita Clara va á hacer un pan como unas hostias.